

## Respuesta

Por

Floyd T. Cunningham, Ph.D.

Decano Académico y Profesor de la Historia Eclesiástico,  
Seminario Teológico Nazareno de Asia-Pacífico  
Manila, las Filipinas

Coautor de *La historia centenaria de la Iglesia de Nazareno* (en preparación)

La historia clarifica nuestra identidad y razón de existencia como un pueblo. Pero, desde nuestros días tempranos, hemos cambiado. La iglesia se ha extendido geográficamente y culturalmente. Contextos sociales son diferentes. ¿Qué podemos aprender todavía de nuestra historia temprana? ¿Había marcas transcendentales tan arraigadas en nuestro llamamiento e identidad que recuperarlas revivificaría la iglesia actual?

La historia corrige nuestras nociones de quién pensamos ser y de lo que pensamos tratar, y lo apropiamos con propósitos particulares en mente. Timothy Smith utilizó la historia para corregir percepciones equivocadas sobre la iglesia común en los últimos años de la década 1950. Él enseñó que la santidad en su contexto a medios del siglo 19, tenía muy poco que ver con misticismo individual y moralismo. Él mostró, en cambio, conexiones inesperadas entre la santidad y derechos femeninos, abolición de esclavitud y reforma urbana. El evangelio social, él indicó, tenía raíces en el movimiento de avivamientos [al fin del siglo 19 y principios del siglo 20]. Lo que los nazarenos oyeron, cuando leyeron las obras de Smith, era que nuestra herencia se inclinó cerca de algunos de las importantes reformas sociales y políticas de la historia.

La historia según Smith de nuestros días tempranos corrigió la percepción equivocada de que la Iglesia del Nazareno era un movimiento de los desaventajados económicamente. Aunque protestaron contra “mundanería,” los nazarenos tempranos eran gente del pueblo esforzando para crear una iglesia. Estaban endeudados a las corrientes anchas de la sociedad y no los remolinos pequeños de cristianismo. Aunque Smith enseñó que al principio éramos más “eclesiásticos” que sectarios, él rechazó las categorías de “iglesia” y “secta” como pertenecientes a sectarismo. *Called unto Holiness (Llamado a santidad)* refutó la tesis de H. Richard Niebhuur de que todas “iglesias” comienzan como “sectas.” Smith corrigió percepciones equivocadas diciendo que éramos de un movimiento rural. Además, nazarenos de la primera generación no eran, indicó Smith, fundamentalistas. Más tarde, había un “levadura” de fundamentalismo (según Pablo Bassett) por la ascendencia de premilenialistas del sur de los Estados Unidos, y por la entrada de gente tal como J.G. Morrison, quien salió de metodismo casi tanto por su modernismo como por el énfasis de la santidad en la Iglesia del Nazareno. También Smith refutó a la idea de disidentes como Glenn Griffith, de que Bresee y otros fundadores eran legalistas. Smith describió, en cambio, las raíces de nuestro legalismo en la Iglesia de Santidad de Cristo, y la intención de la segunda generación de probarse leal a los pioneros por excederlos en “tiempo” y reglas. Implícitamente, Smith justificaba nuestro movimiento a una posición moderada en cuanto a las reglas y llamaba a la tercera generación para que regresara a la posición de la primera, el enfoque en gente marginalizada, ciudades, y sociedad.

La mayoría de los descubrimientos de Clair MacMillan repite y refuerza los énfasis de Smith. (Compare, por ejemplo, las características que Smith da de la Iglesia del Nazareno de Bresee en las páginas 112 y 113 de *Called unto Holiness*.) El punto de MacMillan con respecto a la madurez de los líderes apoya la idea de que comenzamos más “eclesiástico” que “sectario,” y explica como la primera generación pudo pasar tan pronto entre 1914 y 1918, menos de una década después de la reunión en Pilot Point. El segundo punto de MacMillan sobre la confianza puesta en cleros y legos para que la gente haga decisiones morales por sí mismos refuerza el punto de Smith en cuanto a la venida de legalismo más tarde. MacMillan nos ayuda a ver, mientras que enfocamos en el entretenimiento como decisión de la conciencia del individuo en vez de reglas, que no estamos rompiendo con el pasado y haciéndonos liberal o moderno, sino regresando a algunos impulsos originales sobre el ministerio del Espíritu Santo. Como Smith, MacMillan nota que la orientación urbana de la Iglesia, y el gozo de los primeros nazarenos en su camino de santidad.

El punto de MacMillan en cuanto a la iglesia llegando a ser “contra avivamentalista” corresponde al sentido de Smith con respecto a la ironía de la formación de la iglesia por la primera generación, siguiendo al sectarismo de la segunda generación. Cuando miembros salieron de las iglesias viejas, el mensaje de la santidad perdió el mejor medio que tenía para “cristianizar el cristianismo” (la frase de Bresee) y tenía que enfocarse en estar seguro de que él mismo, el mensaje, se quedaba avivado. Los avivamientos sirvieron a este propósito, cree MacMillan. (La pregunta implícita de hoy día en cuanto al menguar de avivamientos es: “¿Hay otras maneras para salvar la iglesia de eclesiocentrismo?”)

La diversidad teológica que MacMillan ve en las publicaciones oficiales es significativa. Había lugar en los días tempranos, para varias voces. Tal vez el punto de MacMillan al recordar esto es para contrastar períodos más tardes en la historia de *El heraldo de santidad* y publicaciones de la Casa Nazarena de Publicaciones, cuando diferencias teológicas fueron sin reconocimiento o fueron suprimidas. La primera generación manejó bien la diversidad. La gente se comprometió a las esenciales, y tenía caridad para aquellos que no estaban de acuerdo en no esenciales teológicos. Pudieron comprometerse totalmente a edificar una denominación con la santidad en el centro, y quedarse diversos.

Al mismo tiempo, la iglesia no procuró ser “toda a todos” (MacMillan, punto 8). No era “manipulada por el mercado.” La insistencia firme de la iglesia [en la santidad] reflejaba las instrucciones de la Asociación Nacional de la Santidad a sus evangelistas inscritos para que no enfocaran principalmente en el milenialismo, la sanidad, u otras cuestiones al margen. Como MacMillan dice (punto 5), la santidad principalmente era la “atracción” a otros del “compañerismo cristiano” ofrecido por los nazarenos. Procurábamos ser lo que creíamos que Dios nos llamó a ser.

Aunque MacMillan nombra el interés de la iglesia en la sociedad “apolítico” o “reserva política,” lo destacable para mí de estos años tempranos es que había informes y discusiones vivos sobre los sucesos y cuestiones sociales de aquella época. “Apolítico” no se tradujo en apatía para la sociedad.

MacMillan contesta la pregunta, ¿cuáles fueron nuestras características originales? Al haber hecho aquella pregunta, seguimos preguntando: ¿Mostramos, o, más, debemos mostrar aquellas mismas características?